

ANTONIO LINAGE CONDE

LA DUALIDAD LINGÜÍSTICA Y LAS MENTALIDADES DEL PAIS VALENCIANO

A mi amigo Joan Fuster.

LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES

El impacto marxista en la historiografía, con el desarrollo de la económica, naturalmente ampliada a la social, señaló una superación definitiva de la vieja historia de los pequeños sucesos y el *primer paso* hacia un insospechado ahondamiento de nuestra comprensión del pasado. Y es que la mina de oro con cuyas galerías hoy al menos podemos soñar, sólo se nos alumbraría tras la conquista «d'une histoire sociale qui ne serait plus associée seulement à l'économie, mais qui deviendrait beaucoup plus riche et plus profonde», ante todo atenta a «los mecanismos intelectuales, los sentimientos, los comportamientos de los hombres que nos han precedido»¹. Es la historia de las mentalidades de los grupos y de los individuos.

¹ G. DUBY, «Histoire des mentalités», en *L'Histoire et ses méthodes (Encyclopédie de la Pléiade, París, 1961)*, pp. 937-65. Señala la apertura de estos horizontes en los artículos de L. FEBVRE, fruto de su amistad con los psicólogos CHARLES BLONDEL y HENRI WALLON, en 1938 y 1941, «Une vue d'ensemble. Histoire et psychologie» y «Comment reconstituer la vie affective d'autrefois? La sensibilité et l'histoire», reproducidos en *Combats pour l'histoire* (París, 1953), pp. 207-44. El último comenzaba: «Tant de gens s'en vont qui se desolent à chaque pas: plus rien à découvrir, paraît-il, dans des mers trop frayées. Qu'ils se plongent dans les ténèbres de la Psychologie aux prises avec l'Histoire: ils reprendront du goût à l'exploration.» Véase p. 211 para su valoración histórica del idioma: «langage: le plus puissant de tous les moyens d'action du groupe sur l'individu... Langage, dont l'action rejoint et celle des mythes qui ont tenu lieu de techniques à l'humanité quand lui faisait encore défaut l'outillage capable de lui donner prise sur les choses-et celle des techniques elles-mêmes». Notemos que la interacción de grupos e individuos es postulado de la problemática de la historia de las mentalidades. Véase también del mismo DUBY, «Les sociétés médiévales: une approche d'ensemble», *Annales*, XXVI (1971), pp. 1-13.

Su primer campo es el material mental de los hombres de cada civilización. Y, en primer lugar, el idioma, desde la semántica hasta esa sintaxis «qui guide le mécanisme de l'esprit».

LINGUA E HISTORIA

En 1912 publicaba Antoine Meillet la tercera edición, del todo rehecha, de su *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*²; y al año siguiente, un *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, al cual daba Lucien Febvre la bienvenida³ como «un libro de historia, en el sentido amplio y verdadero de la palabra». Había escrito el mismo Meillet en la obra reseñada que «l'on ne peut se rendre compte de l'évolution d'une langue qu'en tenant compte des situations historiques et des conditions sociales où cette langue s'est développée».

No es éste el lugar de entretenernos destacando la novedad de tan palmario punto de vista. Baste señalar con el mismo Febvre como «jadis, l'histoire des langues était un monument grandiose, sur lignes simples; l'histoire d'une continuité sans trouble, d'une transmission régulière, d'un développement purement linéaire... belle vue, bien logique et qui satisfaisait l'esprit, beau procès de différenciation simple», pero «trop simple même: car d'abord il y a l'emprunt». Es decir, que se había conquistado el convencimiento de que todo hecho lingüístico es un hecho de civilización. Y, por lo tanto, a la vez materia y fuente de la historia⁴.

Que en ese alarde de la erudición escandinava del XIX que fue el *Lexicon poeticum antiquae linguae septentrionalis*, sean muchas las columnas ocupadas

² La primera había aparecido el 1903, y también en París, al igual que el libro siguiente.

³ «Antoine Meillet et l'histoire. La Grèce ancienne à travers sa langue», reproducido en *Combats*, cit., pp. 158-68. Sobre el retraso occidental y la anticipación india en la historia de la lengua, H. I. MARROU, en *L'Histoire*, cit., pp. 3-4.

⁴ Para la acepción de civilización, así como la del equívoco vocablo «cultura», véase F. BRAUDEL, *Le monde actuel. Histoire et civilisations* (París, 1963), pp. 145-8, y todavía 153-67; y *La Historia y las ciencias sociales* (trad., Madrid, 1968), pp. 134-70. Nosotros no tomamos partido, al adoptar aquí convencionalmente la primera palabra, en la alternativa lexical. Detalles de la utilización de la lingüística por el historiador, en M. COHEN, *L'Histoire*, cit., pp. 828-43 («au commencement de l'histoire il y a de la linguistique», comienza en la p. 823, frase que, por cierto, nos parece de más alcance que el que le atribuye, en función del descubrimiento de la escritura. Cf. *Ibidem*, pp. 823-8, con la opinión de MARROU, cit. en la nota anterior). M. Hous distingue con mucha precisión los tres aspectos del idioma, como parte de la cultura, como producto de la cultura y como condición de la cultura («Ethnologie générale», *Encyclopédie*, cit., París, 1968, pp. 1.393-1.432). Obras filológicas de esa orientación son, vg., las de K. VOSSLER, *Geist und Kultur in der Sprache* (Heidelberg, 1929); M. H. F. MULLER, *L'époque mérovingienne. Essai de synthèse de philologie et d'histoire* (Nueva York, 1945), y sobre este libro CH. MOHRMANN, en *Études sur le latin des chrétiens* (Roma, 1961-5), III, pp. 25-31, a propósito de los orígenes del latín cristiano. También la misma, *La latinité chrétienne et le problème des relations entre langue et religion* (*ibidem*, I, pp. 123-37).

por las locuciones designadoras del mar; y que en el diccionario tuareg haya quince distintas para nombrar otros tantos tipos de alturas orográficas, caracterizados por su forma, la naturaleza de su suelo, el color u otros detalles, ¿suponen otra cosa que el impacto en el idioma de la conjugación del hombre y del medio? Y que casi exclusivamente a las cosas del mar esté emprestada la fraseología jurídica de la isla de Man, donde los jueces juran ser tan imparciales como la espina dorsal de un arenque, la cual siempre está en medio del pez, a igual distancia de uno y otro lado, ¿no revela simplemente un uso de la herramienta lingüística dada en función del mismo fenómeno? ⁵.

LA DUALIDAD DEL PAÍS VALENCIANO

Por encima de los admisiblemente dispares puntos de vista en cuanto a su hermenéutica, no creemos pueda discutirse a la historiografía que estamos viendo, su acierto en plantearse la clave para la comprensión del País Valenciano, en la doble herencia, catalana y aragonesa, que determina el nacimiento de su entidad actual, «en función del dualismo que preside la conquista y la repoblación del reino a partir del siglo XIII..., desde la incorporación del mismo a Europa y a la España cristiana por Jaime I a los problemas de nuestro tiempo», con palabras de nuestro querido profesor don Joan Reglà ⁶.

Cuestión distinta será la estimación del fenómeno. Para Jaume Vicens Vives ⁷ la tal creación del reino dual fue una de las «consecuencias favorables» que hicieron «fecundo el maridaje de ambos pueblos», ensanchadora del «Estado sobre una base triangular, rica en posibilidades políticas, idónea no obstante la aparente fragilidad del conjunto». Y «Valencia fue el producto matemático —y seguramente inconsciente— de los factores espirituales y políticos consecuentes a un siglo de comunidad catalano-aragonesa».

Para Joan Fuster, en cambio, se trata de una «dualitat insoluble» ⁸, en cuanto la larga convivencia bajo unos u otros patrones no ha logrado una articulación de sus dos elementos. «Les divergències de matís enriqueixen la idea de personalitat: les disparitats essencials la confonen o la impossibiliten. Els valencians-catalans no troben la manera de conciliar en la llur uns elements

⁵ Los dos últimos ejemplos, tomados de L. FEVRE, *La terre et l'évolution humaine* (París, 1949, 3.ª ed.), pp. 241 y 247.

⁶ «El dualismo en Valencia y sus desequilibrios», en SARTORI, 17 (1967), 51-69. Nuestra cita, de la p. 51. En el mismo sentido, su *Aproximació a la història del País Valencià* (València, 1968). Para esos orígenes, véase J. FUSTER, *Nosaltres els valencians* (2.ª ed., Barcelona, 1964), pp. 29-39. No se plantea abiertamente el problema dual, M. DOMÍNGUEZ, en *El tradicionalismo de un republicano. La tradición valentina* (Sevilla, 1962), II, pp. 80-3. Véase la síntesis de J. M. FONT RIUS, «La reconquista y repoblación de Levante y Murcia», en *La reconquista española y la repoblación del país* (Zaragoza, 1951), pp. 85-126.

⁷ *Noticia de Cataluña* (trad., Barcelona, 1954), pp. 109-10.

⁸ Así se titula el capítulo I de «Les indecisions», de *Nosaltres*, cit., pp. 105-18. Nuestras citas, de las pp. 105, 109 y 111.

—aragonesos, castellans, murcians— que li són estranys. Solament la inèrcia històrica fa suportable la conjunció de grups tan dissímils... Per això el País Valencià és una collectivitat inconnexa: perquè es perpetua en una absurda inadequació de fronteres.» Huelga valorar el alcance para la actual y futura convivencia de tal planteamiento, que, por otra parte, el autor no rehúye: «Però la presència alògena no desapareix perquè no la vulguem veure. És un fet. Els atzars de la Conquesta i del repoblament ens han deixat en terres valencianes aquesta varietat irreductible... Ens agradi o no a uns i a altres, el fet és que hi ha dues menes de valencians impossible de fondre's en una de sola.»

Reglã, luego de destacar la profundidad de las diferencias históricas entre uno y otro aporte, piensa, por su parte, que hay que considerar siempre este dualismo «positivamente, como si se tratara de una resultante, y de ninguna manera para fundamentar negativamente —ni esto ni aquello— las bases de un particularismo.» Lo cual no le hace, por supuesto, ocultarse las consecuencias a que a veces aquél ha arrastrado al país. «Parece que en el transcurso de los últimos cien años el dualismo valenciano podría simbolizarse en la contradicción entre la historia que reclamaba la hermandad con Cataluña, y las estructuras socioeconómicas que enfrentaban los intereses de Valencia y del Principado», escribe después, ejemplificándolo con la clave alternativa entre proteccionismo y librecambismo ⁹.

LOS DOS IDIOMAS

Como era de esperar, cada uno de los dos pueblos confederados en la monarquía de Jaime I, que sustituyó por un reino cristiano a ella incorporado la Valencia musulmana, llevó su lengua a la nueva tierra. Y desde un principio en ésta se dio una separación geográfica entre las áreas del catalán y del castellano, éste en las marcas occidental (montaña de Segorbe) y meridional (comarca de la luego episcopal Orihuela) del país. La índole territorial de la separación no debe hacernos pensar que en la pasada problemática no se plantease el contacto lingüístico en una misma zona. Tengamos en cuenta, y sólo es un ejemplo, que hasta la abolición de los fueros fue oficial el catalán en la «gobernación» de Orihuela.

UNA CUESTIÓN PREVIA

Antes de nada es preciso determinar los límites de la nación a la que se han de ceñir nuestros interrogantes. ¿Cuáles son las fronteras de Valencia?

⁹ *El dualismo*, cit., pp. 51 y 69. Caracteriza el elemento repoblador catalán de la costa como municipal, romanizante proburgués, urbano, industrial. Y el aragonés del interior, cual señorial y agrícola. El primero encarnado en el Fur de València y el segundo en el Fuero de Aragón.

En principio no hacemos problema alguno en cuanto a las comarcas que fueron del antiguo reino en el período de su máxima expansión. Pero no es posible eludir el suscitado por la división decimonónica en provincias, merced a la cual, desde 1836 y 1851, respectivamente, se incorporaron a las sucesoras de aquél el marquesado manchego de Villena y la altiplanicie castellana de Requena y serranías descendentes¹⁰. ¿Hasta qué punto ha tenido realidad su anexión, al margen de la competencia de los gobernadores civiles? La respuesta requeriría un pavoroso examen de muy variados factores que ni siquiera podemos soñar llevar a colmo. Ha de venirnos dada por la geografía, la etnología y la historia. Incluso por la política, si en una organización estatal distinta jugase la voluntad plebiscitaria de sus habitantes¹¹. Quede ahí flotando por ahora.

LAS DOS FASES DE LA CASTELLANIZACIÓN DE VALENCIA

Una es la literaria y otra la social. La primera se manifiesta coetáneamente a la del resto de los países catalanes. Desde mediados del xv sus escritores, al igual que los del Principado, las Islas e incluso roselloneses, se empiezan esporádicamente a servir del castellano, el cual será su lengua escrita de cultura desde principios del xvi hasta la *Renaixença* de mediados del xix. Es la «dolorosa característica o peculiaritat de la literatura catalana», en frase de Martín de Riquer¹². Hasta en la ciudad sarda catalanoparlante de Alguer, Antoni de Lofrasso escribe una novela pastoril en castellano, *Fortuna de amor*.

«Aquesta castellanització literària —escribe Fuster— resulta particularment efectista: per ràpida, per voluntària i per total. No podem dir, sobretot, que hi hagués hagut cap pressió central per procurar-la. El fenomen s'acomplia d'una manera espontània.»¹³ Recordemos a este propósito a los escritores portugueses en castellano, desde fines del xv hasta el xvii, no siempre en períodos de unión política peninsular, si bien ahí no se llegó sino a un parcial bilingüismo literario.

Ahora bien, es preciso no perder de vista que la peculiaridad de Valencia

¹⁰ Sobre esto, FUSTER, *Nosaltres*, cit., pp. 107-8 y 116-8. Cf. pp. 216-9.

¹¹ Está por hacer el estudio de la huella etnológica de la artificial división en provincias en la realidad del país. El autoritarismo político y el imperialismo administrativo del Estado moderno, y la circunstancia histórica de nuestra civilización técnica, exigen un planteamiento del problema, desde luego existente, o al menos de posibilidad seria, por encima de grotescas ingenuidades como de quienes se extrañan de las radicales diferencias climáticas entre Alcañiz y Teruel. Perdónesenos lo burdo del ejemplo, pero a veces el recurso a los tales es instructivo. Para Requena, FUSTER, *El País Valenciano* (Barcelona, 1962), pp. 323-6; para Villena, pp. 455-8. Cf. pp. 451-2. Admite se han valencianizado de algún modo Requena y Utiel, en tanto Villena continúa impenetrable.

¹² *Història de la literatura catalana*, III (Barcelona, 1964), pp. 574-87. Una inmensa prueba erudita del fenómeno, a lo largo del siglo xviii, está en el tomo IV de esta misma obra, recién salida de los tórculos, escrito por ANTONI COMAS (Barcelona, 1972).

¹³ *Nosaltres*, cit., p. 138. Véanse los interesantes datos recogidos en las pp. 137-41.

no está en lo negativo hacia las pasadas letras catalanas vernáculas, pues ahí la acompaña el Principado mismo, sino en lo positivo hacia las castellanas de adopción. Es su buena ventura en el cultivo de éstas lo diferencial, y no su común abandono de aquéllas, la existencia de esa «escuela valenciana» de que también nos habla Riquer, quien pone de manifiesto lo inimaginable en la Barcelona de 1511, cuando en Valencia se imprime el *Cancionero general*, de Hernando del Castillo, de aportaciones indígenas parejas a las por él recibidas allí, pues sólo Boscán brillaba en tal sentido en la gran urbe.

Esta superioridad valenciana en las letras castellanas recibidas, ¿estará en relación con la dualidad que nos ocupa? ¿O, al menos, con otra nota del país, de dicha dualidad idiomática reforzadora, a saber, su constante inmigratoria de la montaña? Otra respuesta que buscar ¹⁴.

En todo caso no creemos pueda caber duda honesta alguna de no guardar ningún vínculo con otro tema polémico, el del grado de catalanidad de la lengua valenciana. En cuanto a la plena adscripción de Valencia a los países catalanes, saltan a la vista las implicaciones determinantes de la controversia, tales como la dualidad inicial y endémica, el espíritu localista, la integración en el Estado español unitario, los condicionamientos económicos y el propio eco del catalanismo del Principado ¹⁵. Nosotros sólo hemos de hacérsle de

¹⁴ MARTÍN DE RIQUER, *Història*, cit., p. 580, duda («sigui per la influència de la cort de la virreina Germana de Foix, sigui per altres raons», escribe). FUSTER consigna el origen foráneo o castellanoparlante del canónigo Tárrega, Guillén de Castro, Rey de Artieda, Juan de Timoneda y Cristóbal de Virués. Este publica *El Montserrat*, en 1588, y justifica así su título: «Fué Mont Serrat en catalán llamado, / que es lo mismo decir monte aserrado, / pero la universal lengua de España / de Mont Serrat llamóle Montserrat. / Y así se ha de llamar esta montaña / por cualquier que en tal lengua della trate: / Fuera otra cosa afectación extraña, / y quitar a la lengua su quilate, / pues es en ella propio ya tal nombre, / y así es razón, Señor, que yo la nombre.» Sobre la inmigración a Valencia, FUSTER, *Nosaltres*, cit., pp. 33-6; y J. M. JOVER, con UBIETO y otros, *Introducción a la Historia de España* (6.ª ed., 1969), pp. 751-2. Pone allí de relieve como en la constante brodeliana de la montaña nutridora de la llanura, en el caso de Valencia, la montaña es aragonesa, de lengua castellana. Véase F. BRAUDEL, *La Méditerranée et le monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*, I (2.ª ed., París, 1966), pp. 39-46. El grado de asimilación lingüística de los inmigrantes a Valencia, y su cotejo con el fenómeno parejo en el Principado, está por hacer. Habría que matizar la afirmación de JOVER, según la cual «la historia reciente de una emigración ininterrumpida ha venido a subrayar la predilección de las clases medias y elevadas de la capital por el castellano».

¹⁵ Conocida es la postura de FUSTER. Véase *Nosaltres*, cit., pp. 36-9 y 119-36 («des de Salses a Guardamar, de Maó a Fraga, som un poble: un sol poble»). En el mismo sentido AZORÍN, en lo que fue su discurso de recepción en la Academia Española, en 1924, *Una hora de España (entre 1560 y 1570)*, cap. xxiv (ed. Austral, 3.ª, Madrid, 1967, p. 103: «Cataluña es Valencia, y es Alicante, y es Mallorca»); y J. ESTELRICH, en *Catalanismo y reforma hispánica* (Barcelona, 1932, p. 93, sobre la «unidad de los occitanos»; «de Niza a Alicante, de la Gascuña a las Baleares somos, en el fondo, los mismos»). Cf. J. TORRAS I BAGES (figuras representativas estudiadas en *La tradició catalana. Estudi del valor ètic i racional del regionalisme català*, Vich, 1906, pp. 234-330, 331-75 y 441-532) y S. DE MADARIAGA (*Memorias de un federalista*, Buenos Aires, 1967, vindicando la índole de hebreos valencianos de Ausias March y Luis Vives y negando casi todo rasgo del espíritu catalán

ese de sus brotes, desde luego injustificado y sólo explicable por la ignorancia filológica, el de las pretensiones diferenciadoras idiomáticas, según las cuales el valenciano literario sería una lengua distinta del catalán, a la cual se bautizó con el nombre de lemosín¹⁶. Quede sólo apuntada la carga psicológica, hija de todos esos factores que el vocablo lleva.

Ahora bien, el panorama cambia en la *Renaiença*. Porque entonces, cuando el Principado, e incluso las Islas, hacen salir al catalán de su interregno dialectalista, tornando a adoptarlo como lengua literaria, Valencia, sin permanecer del todo ajena al fenómeno, se queda muy rezagada. Nos remitimos a Reglà y Fuster para las causas y los resultados¹⁷, los cuales ya, desde luego,

en Ramón Llull). En el último libro, notemos la evocación (pp. 87-8) de las distintas aforanzas del autor y del Dr. Trueta, ambos exiliados en Oxford, en sus paseos dominicales en común a lo largo de un cuarto de siglo. Para el caso concreto de Valencia son muy interesantes los datos contenidos en A. ROVIRA y VIRGILI, *El nacionalismo catalán* (Barcelona, 1917), pp. 211-8, con su distinción de los dos nacionalismos posteriores a 1900, el valencianista y el catalanista (cf. FUSTER, *Nosaltres*, cit., pp. 230-4). En un panorama federalista, véase A. CARRETERO JIMÉNEZ, *La integración nacional de las Españas* (Méjico, 1957), p. 77; y *Las nacionalidades ibéricas* (Méjico, 1962), p. 28, considerando la personalidad de Valencia como «la Extremadura catalana». CARRETERO JIMÉNEZ representa una tradición familiar castellana de subido interés político en este sentido. Se le deben, además, *La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos* (Méjico, 1960; en el mismo vol., P. BOSCH-GIMPERA, *Cataluña, Castilla, España*), y *Los pueblos de España y las naciones de Europa*. Su padre, el ingeniero de Segovia LUIS CARRETERO NIEVA, es autor de *Las nacionalidades españolas* (nueva ed. en Méjico, 1952, prologada por BOSCH-GIMPERA). Cf. su libro *La cuestión regional en Castilla la Vieja (El regionalismo castellano)* (Segovia, 1918), con el polémico coetáneo, *Castilla ante el separatismo catalán*, de B. MARIANO ANDRADE (Madrid, 1921). «La provincia es el mismo gobierno central», leemos en el primero, p. 413, mientras el 2 de diciembre de 1918 mismo las Diputaciones de León y Castilla la Vieja se dirigían al Gobierno, desde Burgos, pidiendo nada más que una «amplia descentralización económico-administrativa que permita el desenvolvimiento libre de los municipios y de las provincias» (texto en pp. 130-42 del libro de MARIANO ANDRADE).

¹⁶ En la Edad Media por lemosín se entendía el provenzal trovadoresco, una, desde luego, de sus varias denominaciones. Sabido es como en esa lengua escribieron trovadores catalanes en el siglo XIV y principios del XV, con algunos rezagados en el resto de éste (véase M. DE RIQUER, *Història*, cit., I, pp. 689-90). Para la confusión moderna valenciana en torno al vocablo, pp. 586-7; y FUSTER, *Nosaltres*, cit., pp. 130-1. Es preciso convenir con RIQUER en que es «francament còmic» decir está en lemosín el *Misteri d'Elx*. Recojamos, de todas maneras, su afirmación de como «la Decadència, precisament a causa de la manca d'una cort i d'una Cancelleria, accelera la fragmentació dialectal», habiendo en Valencia conciencia de valencianidad lingüística desde fines del XIV y en las Islas, quienes desde el XV aseguran escribir en mallorquín, «tot i que llurs textos no ofereixin diferències amb d'altres redactats per barcelonins». Recogemos el testimonio, que en parte alguna hemos visto citado, de GASPÀR ESCOLANO, para quien el lemosín es sencillamente sinónimo de catalán (*Década primera de las insignes y coronadas ciudad y reino de Valencia*, I, Valencia, 1610, lib. I, cap. 13, pp. 88-97; por cierto, que dice hablarse en «Sardefias»). Aceptación por UNAMUNO del lemosín como valenciano literario artificioso y no vernáculo de la *Renaiença*, en su discurso en las Cortes Constituyentes el 18 de septiembre de 1931 (*Obras completas*, V, Madrid, 1958, p. 700).

¹⁷ REGLÀ, *El dualismo*, cit., pp. 67-9. Explica su «raquitismo» por las estructuras socioeconómicas del país, que saltaría de la burguesía agrícola y mercantil a la financiera,

entroncan plenamente con la otra castellanización de que hemos de ocuparnos, la social.

Esta comienza en el siglo XVI mismo por la nobleza de la capital. Ya desde aquellos comienzos se comprende, ante el ejemplo de la tal clase dominante —recordemos que aún no habían sido expulsados los moriscos—, como el castellano se convirtió en un signo de distinción social, incluso en boca de gentes que no le pertenecían. Y, a partir de la segunda mitad del XIX, se extiende allí y en Alicante, a pasos agigantados, entre la burguesía, las profesiones liberales y los funcionarios, quedando el catalán para la menestralía y el pueblo ¹⁸.

El fenómeno complica los términos del cuestionario que tratamos de presentar, a la vez que justifica un poco —enlazando con nuestros preámbulos en torno al valor del idioma en la historia de las mentalidades— que proceda de nosotros, desgraciadamente ayunos de lingüística. Porque en las ciudades de Valencia y Alicante —y acaso en otras del País— los idiomas se mezclarán. La separación entre catalán y castellano no será geográfica, sino social ¹⁹, y entre los mismos habrán surgido unas nuevas fronteras personales, que no territoriales. La dualidad innata y permanente del País se habrá hecho dramática en el ámbito de la lengua. Y se cargará bastante de un significado de clase que, al menos en un sentido idéntico, nunca tuvo antes.

Pero antes de seguir echemos una última ojeada al estadio anterior, en que

sin pasar por la industrial, siendo todavía la primera, hegemónica en la *Renaixença* misma, con lo cual el movimiento valencianista, o sea la proyección de aquélla, sería «atacado por ambos frentes: por la derecha, los elementos de la burguesía conservadora, que renuncian a politizarse; y por la izquierda, la reacción jacobina (blasquismo), que identifica el valencianismo con el inmovilismo social». En *Las Provincias* se llegó a predicar la vinculación del país a su frontera meridional, «que desborda antiguas limitaciones históricas y rectifica añejos errores de los reyes, que mediante pactos de familia dislocaban la posición natural del reino de Murcia». No cabía negación más radical de la catalanidad. En FUSTER, véase pp. 221-34 de *Nosaltres*, cit. Para él «la *Renaixença* valenciana fou, socialment, un fracàs»; «obra de burgesos mediatizats pel sucursalisme, mal podia donar la batalla —i vèncer— al sucursalisme del públic burgès».

¹⁸ Seguimos a FUSTER, *Nosaltres*, cit., pp. 141-50. Notemos la peligrosísima inversión de la situación anterior («els mateixos burgesos, que muntaven Jocs Florals i escrivien englantines en català, parlaven castellà a casa»). Un caso de castellanización de apellido es el de Siscar en Ciscar, en Oliva, llevado a cabo por el abuelo de Gabriel Ciscar, mientras le conservó Gregorio Mayáns. Véase M. DOMÍNGUEZ, *El tradicionalismo*, cit., III, *Valencia fuera de órbita*, pp. 14-5.

¹⁹ No sería bizantino plantearse hasta dónde sería posible delimitar en la topografía de las ciudades bilingües del país el área de cada lengua. Si tenemos en cuenta la cierta separación territorial de las clases sociales intramuros, no nos parecerá tal investigación una aventura pintoresca. Cuando el bilingüismo de una ciudad no tiene una correlación social equivalente al de las nuestras, a veces las fronteras entre los idiomas se pueden trazar sobre el plano. Ello se ha señalado en Suiza, para Friburgo, frente a Bienne, por U. WEINREICH, *Unilinguisme et multilinguisme*, p. 680, en *Le langage (Encyclopédie de la Pléiade)*, París, 1968), pp. 647-84, espléndido planteamiento de cuestiones sobre el que luego volveremos, y que es resumen de *Languages in Contact* del autor, con una bibliografía exhaustiva (Nueva York, 1953; 2.ª ed., aumentada, La Haya, 1962).

la castellanización cultural había sido compatible con la catalanización social ²⁰. Un caso extremo de esta situación ha sido analizado por Christine Mohrmann, nada menos que el del latín medieval ²¹. Luego de recoger las variadas opiniones en torno a si se trató de una lengua muerta o viva ²², concluye, por su parte, no haber en él «rien d'artificiel, rien qui suggère l'idée d'une langue morte», aunque le faltase «la transmission organique par une communauté ethnique ou nationale de sujets parlants... Il existait donc, dans les cercles cultivés, une espèce de bilinguisme: la langue vulgaire et nationale est la langue courante de la vie de tous les jours, le latin est langue savante au sens le plus large du mot; tout en étant langue de l'église et de la spiritualité, il est avant tout langue écrite et littéraire». Y le califica, en consecuencia, de una *Kunstsprache* o «lengua estilizada» ²³, pero esta vez viviente, emanada de la *Ideengemeinschaft* de los letrados.

¿Caso parecido el del castellano cultivado en la Valencia catalana —y en el Principado y las Islas también, no lo olvidemos— desde el siglo XVI a hoy? Sólo hasta cierto punto. No olvidemos que el latín medieval no era lengua materna de ninguna otra comunidad, mientras el castellano sí, y de otra no rígidamente aislada de la que un poco le había tomado como *Kunstsprache*. Con lo cual las líneas de la problemática se desplazan, en cuanto las interferencias de una lengua en otra son mucho más agudamente posibles. Y dada, por una parte, la dualidad inicial del reino, y, por otra, la nueva, enquistada ahora en sus ciudades, también mayores que en las otras áreas del catalán peninsular e insular.

A la vez que los enfrentamientos entre uno y otro idioma, tienen una índole más de lucha civil, si se nos permite la expresión, que en aquéllas, en las cuales se trataba de la oposición de lo vernáculo a lo oficial —fuese esto o no lo literario libremente tomado— y no de dos vernáculos entre sí, por allegadizo que uno, en algunos casos, fuera. Así, los incidentes violentos en los Juegos Florales de 1915, al hablar en castellano el presidente andaluz Estrada, impuesto por el ex ministro Bergamín ²⁴; y en la otra banda, las interrupciones a Cambó al hablar en catalán, siempre en la ciudad de Valencia ²⁵. ¿Hasta qué punto estos enfrentamientos reflejaban una polarización social o se complica-

²⁰ No sólo para Valencia, sino para los demás países catalanes.

²¹ *Études*, cit., pp. 181-96. La cita de la p. 181.

²² Para MOHRMANN el latín litúrgico, hasta su extinción en los pontificados coetáneos de Juan XXIII y Pablo VI, ha sido una lengua viva. Véase su *Liturgical Latin* (Washington, 1957).

²³ Son éstas las lenguas que no descansan en una comunidad étnica, sino en la tradición de una colectividad, adunada por una idea religiosa o literaria o por hechos de orden cultural común. MOHRMANN no se plantea el problema de si una lengua materna de otra comunidad puede ser *Kunstsprache* a su vez en una distinta.

²⁴ ROVIRA Y VIRGILI, *El nacionalismo*, cit., p. 217. Sobre la significación de los Juegos, J. MIRACLE, *La restauració dels Jocs Florals* (Barcelona, 1960).

²⁵ FUSTER, *Nosaltres*, cit., pp. 135 y 185. Y UNAMUNO, en el discurso cit. en la nota 16, pp. 699-700, así como en «Andanzas y visiones españolas», *Obras*, cit., I, pp. 810-1.

ban con otros factores? Otro interrogante a dilucidar, huyendo, desde luego, de una afirmación monolítica incompatible *a priori* con la realidad.

Y no olvidemos, para el planteamiento de cuantas cuestiones en torno al comportamiento lingüístico del país restan, la pérdida del carácter oficial del catalán en éste, simultánea a la abolición borbónica de los fueros a principios del XVIII.

LA INFLUENCIA CASTELLANA EN EL CATALÁN DE VALENCIA

Desde luego que ésta, como todo hecho lingüístico, tiene su correlativo histórico. Pero en cuanto afecta a la lengua ya heredada por el grupo social, y éste sólo contribuye a ella lenta e inconscientemente a través de las generaciones, sus resultados son de la exclusiva competencia del especialista del idioma ²⁶.

Tengamos en cuenta que nos estamos moviendo en la consideración del bilingüismo del país, en función de esa dualidad esencial para la comprensión de su historia. Por lo tanto, en este orden de cosas, no nos interesaría el estudio de todas las diferenciaciones del catalán en él hablado, sino solamente de las de origen castellanizante.

Azorín ya se refirió, para su pueblo de Monóvar, al «valenciano, que está esmaltado de voces y frases antiguas ya en desuso entre los castellanos de ahora... Arreo, aosadas, abondo, aína..., de uso en Aragón, marcados aragonesismos. Probablemente traídos en el siglo XIII por los aragoneses que vinieron con Jaime el Conquistador» ²⁷.

EL COMPORTAMIENTO IDIOMÁTICO EN EL PAÍS BILINGÜE

Junto a la cuestión anterior, no podemos, en modo alguno, minimizar la correlativa de la influencia catalana en el castellano del país. Ambas son de

²⁶ Véase WEINREICH, *Unilinguisme*, cit., pp. 655-72. Nota en pp. 671-2 como «dans des conditions socio-culturelles opportunes, les mots d'importation peuvent devenir les éléments d'un style distingué, ou ils peuvent au contraire être la marque d'un parler grossier et vulgaire». Advirtamos que en el País Valenciano ese aspecto se ha manifestado con mucho mayor radicalismo. Lo que se ha considerado distinguido ha sido sustituir un idioma por otro y no meramente dejarse por él influir. Para la significación histórica del fenómeno común, FEBRE, «Histoire et dialectologie. Aux temps où naissait la géographie linguistique», en *Combats*, cit., pp. 147-57. Nota «l'interêt de cette lutte de mots, de ce drame linguistique que, nouvelle venue dans le domaine des sciences, la géographie linguistique permet, seule, de reconstituer et de suivre».

²⁷ *El libro de Levante*, cap. xxxviii, «Esparto» (ed. Losada, Buenos Aires, 1952, p. 91). Sigue el maestro: «En Monóvar se habla valenciano; en Elda, castellano; en Pinoso, valenciano; en Salinas, castellano; en Petrel, valenciano; en Villena, castellano. Mosaico variado de valenciano y castellano.» No olvidemos otro problema: el de la distribución geográfica, en el presente, de los dos idiomas en el País Valenciano, y, mirando hacia el pasado, el de los avances y retrocesos de su frontera territorial.

las que los lingüistas llaman macroscópicas, a propósito de las lenguas en contacto, frente a las microscópicas, o de la actuación de los individuos bilingües. Ahora bien, también se puede estudiar, y desde luego ello no es extraño, esta actuación referida a los grupos como tales, y no sólo a sus miembros²⁸, lo cual justifica el epígrafe que precede.

Antes de abordarle, notemos, sin embargo, que no todos los individuos del País Valenciano son bilingües, y que, para quienes no conozcan ni usen más que su lengua materna, el único problema es el de la deformación por ésta sufrida objetivamente, a causa de su contacto con la otra. Esta deformación que, por otra parte, puede tener sus peculiaridades individuales, en cuanto monolingüismo en nuestro territorio, por la fuerza misma de las cosas, no supone un aislamiento imposible de la otra comunidad parlante, salvo en ciertas zonas geográficas extremas de él, y ello contando a la vez con determinadas formas poco comunicables de vida, cada vez menos corrientes.

Es de la utilización alternativa del castellano con el catalán por los valencianos bilingües de lo que ahora hemos de ocuparnos, no de la suplantación del segundo por el primero, que ya fue abordada, pero que, desde luego, es un fenómeno que se va reproduciendo en los individuos y los grupos incluso, como límite extremo de una de las formas de uso predominante de aquél. En este comportamiento juega aquí agudamente esa dualidad de que partíamos, y no sólo la inicial reconquistadora, sino la posterior derivada de la castellanización, social sobre todo, de las clases dominantes u otras. Notemos la diferencia con el Principado, en que sólo la oficialidad del castellano, y en todo caso la castellanización literaria, entran en lid.

En las zonas de bilingüismo el comportamiento de los grupos e individuos permite detectar en unos y otros una lengua dominante de las en contacto. Y no es fácil, ni mucho menos, determinarla, ya que no siempre se trata de la materna ni siquiera existe siempre²⁹.

Ahora bien, no cabe duda de que la aplicación de los criterios de los especialistas, en nuestro supuesto, al castellano y al catalán, implica en la mayoría de los casos una dominante castellana. Tengamos en cuenta que, a medida que los factores, algunos de los cuales pasamos a enumerar, favorables al castella-

²⁸ Notemos precisamente la observación de WEINREICH, de como «quand un groupement humain, surtout s'il est de quelque importance, implique un contact de langues, les idiosincrasies du comportement linguistique tendent a s'annuler les unes les autres, tandis que les formes usuelles, qui sont déterminées socialement, et les processus caractéristiques du groupe entier deviennent signifiants» (*Unilinguisme*, cit., p. 678). Una muestra de estudios a emprender, F. DE B. MOLL, «El castellano en Mallorca», en *Homenaje a Dámaso Alonso*, II (Madrid, 1961), pp. 469-74.

²⁹ «Chercher a déterminer quelle est la langue dominante d'un bilingue et laquelle, s'il en est une, suscite le plus grand nombre d'interférences, sont deux problèmes distincts. La théorie doit être assez souple pour tenir compte de la possibilité de trouver, dans le langage d'un bilingue, des interférences fonctionnant dans les deux directions. Il est utile de disposer de critères purement psychologiques, afin de déterminer quelle est la langue dominante...» (WEINREICH, *Unilinguisme*, cit., p. 675.)

no, se amortiguan, disminuyen también las posibilidades del bilingüismo mismo, o el alcance de éste, trayendo consigo un monolingüismo catalán cada vez más raro, dada la difusión de la instrucción oficial.

Entre los tales factores se cuentan ³⁰ *los estímulos visuales*, tan eficaces para los alfabetizados; *la exclusión* del catalán de la esfera *estatal*, con sus ramificaciones tan absorbentes, *y la consiguiente frecuencia* del uso del castellano oficial, a cuya índole hemos de añadir ahora en este mismo sentido la casi monopolística de los medios de difusión invasores de la técnica contemporánea; la ya aludida muchas veces *promoción social*, traída consigo por la otra lengua; y para las ciudades en que se mezclan los grupos de las dos lenguas maternas, *la edad preescolar del aprendizaje* de aquélla por los niños catalanoparlantes.

Pero ni toda esa conjugación quiere decir que, para todos los grupos e individuos en que parecería lógico, sea dominante el castellano, ni acaba con los problemas por investigar el que lo sea o no. Pues, con una u otra lengua dominante, el grupo o individuo bilingües presentan casi siempre una especialización en uno u otro idioma según el tema o la circunstancia, o incluso el interlocutor, aunque sea también bilingüe.

La investigación de todos estos interrogantes en el País Valenciano, acaso más interesante aún que en el Principado y las Islas, por esa su dualidad compleja particularmente y tan asequible de ser ahora emprendida con los medios de recogida audiovisual de testimonios a nuestro alcance, requeriría ser estimulada ³¹.

Y ya terminamos. No sin aludir al fenómeno que estamos viviendo en la Valencia de nuestros días, de la movilización de una fuerte carga sentimental en pro del catalán hasta ahora dominado e incluso amenazado. No hemos de analizar sus causas ni consecuencias, ni mucho menos predecir el porvenir, ni entrar en polémica alguna. Baste con citar como clave para el mismo la aparición en mayo de 1962 de *Nosaltres els valencians*, de Joan Fuster, el hombre de Sueca. Y subrayar que el movimiento implica un repudio de los dos factores conscientes tan decisivos antes en pro de la dominante castellana, el social y el cultural, al menos el primero sin concesión alguna, y una reivindicación consecuente en pro del reconocimiento estatal.

ESBOZO DE UN EJEMPLO: LOS ESCRITORES CASTELLANOS DE VALENCIA

No vamos a ocuparnos en absoluto de las motivaciones de la adscripción a la literatura castellana de hombres de lengua materna catalana en el País

³⁰ WEINREICH, *Unilinguisme*, cit., pp. 675-82.

³¹ En el orden de la tesis de J. JAUEL, *Languages in Contact*, en la Universidad del bilingüe Estrasburgo. Cit. por WEINREICH, *Unilinguisme*, cit., p. 684, como inédita. No conviene perder de vista la afirmación de éste (p. 648) de la normalidad del bilingüismo, acaso privativo de más de la mitad de la población del planeta. Sólo la situación especial de los Estados europeos y americanos, a raíz de la configuración absolutista de los nacio-

Valenciano. Por otra parte, resultan ya de lo dicho. Ni siquiera de las influencias de dicha lengua materna, postergada en la literaria de los mismos³². Es, como sintomático, a su empleo ocasional del valenciano en su obra castellana a lo que queremos aludir.

Vaya por delante que, para ciertos escritores, la utilización esporádica y salpicando sus obras de fragmentos en lenguas distintas de las de éstas, llega a ser la guía estilística más reveladora de su contextura vital. Así, por ejemplo, la ambientación, variada por la geografía u otros factores, de la novelística de Bruce Marshall, o el *leit-motiv* del latín litúrgico en la novela de Tito Casini *La sua stella* (*Maremma amara e Il diletto monte*, Turín, 1965)³³.

Algunas de las variantes y significación en cada una de dicho uso han sido mencionadas en el estudio, necesitado de mucho más desarrollo, de Wilhelm Giese, *El empleo de lenguas extranjeras en la obra literaria*³⁴. Precisamente cita allí a Baroja y a Blasco Ibáñez, como casos en los que «para destacar el ambiente rural se intercalan elementos del habla de los paisanos de las lenguas regionales. El fenómeno existe en ellos, desde luego³⁵. Pero nosotros tratamos de movernos en un plano distinto, en la vinculación del uso de esos idiomas, en cuanto maternas del escritor, y no sólo de sus personajes, al proceso creador de aquél; vinculación manifestada en el encuentro entre las cargas emotivas de los mismos en el autor y en sus criaturas, el cual determina cada recurso concreto a ellos.

Sólo espigaremos algunos ejemplos en el mismo Blasco Ibáñez y en Gabriel Miró de cómo la apelación a la lengua vernácula coincide con el clímax de la expresividad para cada sentimiento.

En el primero, lo es de la angustia, en *Cosas de hombres*, uno de los *Cuentos valencianos*³⁶. Uno de los protagonistas de la pelea que se está describiendo recibe un navajazo en el vientre: «Y el cubano, de pronto, se bamboleó para caer como un talego de ropa, y en aquel momento desvaneci6se la melosidad antillana, y el lenguaje de la niñez reapareció junto con la desgracia: —¡Ay mare mehua!... ¡Mare mehua!»

nalismos modernos y los postulados de la incipiente lingüística estructural para sus teorizaciones propias, han hecho aparecer como anómalo aquél.

³² Véase FUSTER, *Nosaltres*, cit., pp. 140-1; y *El País*, cit., pp. 463-4.

³³ Cf. la postura del autor frente a dicho latín, en sus obras *La tunica stracciata. Lettera di un cattolico sulla «Riforma liturgica»* (Roma, 1967); *Dicebamus heri... La «tunica stracciata» alla sbarra* (Florenca, 1967); *Super flumina Babylonis. Lettere dall'esilio* (Florenca, 1969), y *Dall'esilio alle catacombe. Ricorso a Maria* (Florenca, 1970).

³⁴ En *Homenaje a Dámaso Alonso*, II (Madrid, 1961), pp. 79-90.

³⁵ Ahí están las frases de BLASCO, recogidas o enumeradas en la p. 80, gemelas de las también citadas o enumeradas de BAROJA (precisamente por no interesarnos este supuesto es indiferente a nuestros fines que el vascuence no fuese lengua materna del último). Podríamos añadir, vg., las expresiones en la sesión del Tribunal de las Aguas de *La barraca*, cap. IV (*Obras completas*, Madrid, Aguilar, I, 1958, pp. 503 y 505-6). Y en Azorín, la «variedad inmensa de golosinas y gollerías en Monóvar: coquetes y rollets» (*El libro*, cit., cap. xliv, «Cocina», p. 106).

³⁶ OC, I, p. 32.

De la elegía: La madre y la abuela ante el cadáver del niño que acaba de ser asesinado en el mar, en *Flor de mayo*: «Un lamento de dolor cruzaba incessantemente el espacio: —¡Fill meu!... ¡Fill meu!...»³⁷ Y ante el ataúd del hijo en *La barraca*: «—¡Fill meu!... ¡Rei de sa mare! —gemía la pobre Teresa.»³⁸

Del vaticinio: También en *La barraca*, el viejo pastor a Batiste, hecho ya éste cargo de las tierras malditas que fueron del colono homicida del propietario y por nadie entradas desde entonces a labrar: «... Y con cierta entonación de hechicero que augura el porvenir o de profeta que husmea la ruina, le gritó a Batiste: —*Creume, fill meu: ¡te portarán desgrasia!...*»³⁹

De la revelación decisiva: Pascual a su cuñada, que se ha ofrecido a probarle el adulterio de su esposa, en *Flor de Mayo*: «—¡Parla..., parla!... *Digues la veritat.*»⁴⁰

De la pasión: En *La barraca*, la culminación del diálogo entre Roseta y Tonet, el mozo tímido que, sin explicaciones, venía gustando de acompañarla: «—¡Per qué?... ¡per qué? —preguntaba la muchacha... —¡Per qué?... *Perqu'et vullc.*»⁴¹

En Gabriel Miró. La horrible esperanza de las abuela y madre leprosas de que muera el niño de pecho de su convecina sana, porque así se encargará ésta de amamantar al suyo, les hace espiar los toques de las campanas, por ver si anuncian la nueva fatal: «—¡A albat, és a albat! —decían delirantes—. Pero... no, no era a toque de *albat*; no era a muerto de gloria... Vibró una campana, gozosa, precipitada, limpia. —¡A mort de gloria! —gritaron las mujeres.»⁴²

Y la amenaza de otro lazarinero, Batiste como el personaje de Blasco, a los carabineros que se disponen a arrancarle sus matas de tabaco: «—¡Lladres, lladres!... Al que venga le escupo. Su boca hervía en saliva.»⁴³

Los comentarios serían instructivos, pero no hay espacio para hacerlos y los textos de por sí son elocuentes. Sólo queremos relacionar esta demostración literaria con una manifestación mucho más inmediatamente vital. Se trata del empleo espontáneo en las calles de la Valencia anegadas por la catastrófica inundación de 1957, y por gentes castellanoparlantes entre sí, de la postergada lengua valenciana.

Universidad de Salamanca.

³⁷ Cap. x; OC, I, p. 478.

³⁸ Cap. viii; OC, I, p. 540.

³⁹ Cap. iii; OC, I, p. 500. Y su *ritornello* en el cap. vii, p. 535.

⁴⁰ Cap. x; OC, I, p. 478.

⁴¹ Cap. v; OC, I, pp. 515-6.

⁴² «Del vivir», cap. iii, en *Obras escogidas*, Madrid, Aguilar, 1950, pp. 32-3.

⁴³ *Ibid.*, cap. vi, p. 62. Los improperios en valenciano son muy frecuentes en los personajes de BLASCO. Así, en el cap. x de *La barraca* (p. 555), el del homicidio de Pimentó («¡Cristo! ¡Ara te pille! lladre..., lladre..., no t'escaparás!»); y la tía Picores a la tempestad, en el x también (p. 475), de *Flor de mayo* («—¡Sorral!... ¡Dona habies de ser!»).